

«Una perfecta princesa» Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568)¹

Segunda parte²

M. J. RODRÍGUEZ SALGADO³

London School of Economics

RESUMEN

Este breve estudio examina el papel que debía desempeñar la reina Isabel de Valois además de ejercer autoridad sobre su casa. Se analiza primero su papel político, enfocando particularmente su deber principal, que era facilitar las relaciones entre Francia y Felipe II, y ofreciendo algunas razones para explicar su escaso éxito. Se propone que su asociación con Francia fue demasiado fuerte como para permitirle desarrollar un papel de mediadora efectivo. El deber fundamental de toda mujer en esta época era el de ser madre y buena esposa, pero por su posición y debido a la situación vigente, las expectativas eran mayores y la presión que sufrió Isabel fue enorme. Se analiza aquí el impacto que tuvo la maternidad en sus relaciones con Felipe II y los intentos de forjar la imagen de un perfecto matrimonio pese a la existencia de inevitables tensiones y problemas entre los cónyuges. Finalmente, se ofrecen algunas conclusiones sobre las fuentes, sobre la proyección de sentimientos privados en el ámbito público, y la transfiguración de un personaje mediocre en una imagen idealizada.

ABSTRACT

This brief study analyses the various roles assigned to Isabel de Valois besides controlling her household. It begins with an analysis of her political role and in particular of her primary political duty, which was to improve relations between France and Philip II. It examines how she carried out these tasks and offers some explanations for her lack of success. It is argued here that her association with France was always too strong for her to mediate successfully between them. Her fundamental role, as that of all women, was to be a mother and good wife, but by virtue of her position and circumstances she was burdened with additional expectations and endured enormous pressures. The impact of maternity on her relations with Philip II is examined here, as is the process of creating the image of a perfect marriage, despite the inevitable tensions and problems that existed between them. It offers some conclusions on the sources, on the projection of private feelings in a public sphere, and on the transfiguration of a mediocre personality into an idealised image.

PALABRAS CLAVE

Isabel de Valois
Relaciones hispano-francesas
Siglo XVI,
España
Felipe II
Maternidad
Matrimonio
príncipesco
Corte, Siglo XVI

KEY WORDS

Isabel de Valois
Hispano-french relations
Sixteenth century, Spain
Philip II
Child bearing
Princely marriage
Court, sixteenth century

¹ El título se toma de una frase del embajador francés, Fourquevaux, citado por Agustín González de Amezúa y Mayo, *Isabel de Valois*, Madrid, 1949, 3 vols; II p. 513.

² La primera parte de este artículo aparece publicado en *Cuadernos de Historia moderna, Anejos II* (en prensa).

³ Quiero expresar mi gratitud al Leverhulme Trust por su contribución a las vistas de los archivos italianos y portugueses que aquí figuran, y por sufragar el tiempo sabático en el cual redacté este artículo (la primera y segunda parte). La London School of Economics financió la investigación en Madrid y en el Archivo General de Simancas. Agradezco a Carlos Gómez-Centurión su ayuda con el texto castellano.

SUMARIO 1. La hija de Catalina de Medicis. 2. Esposa y madre. 3. Una muerte modélica.

La travesura de su hija pudo costarles cara. La reina estaba despistada o atendiendo a otra cosa cuando la infanta cogió una de las cartas y la tiró por la ventana. El sobresalto fue grande ya que era parte de la correspondencia secreta que Isabel de Valois mantenía con el embajador francés Fourquevaux. Éste ya la había amonestado antes por la falta de seguridad y amenazado con poner fin a estos arriesgados contactos. Isabel porfió y, como él dependía de ella, seguían carteándose en secreto. Esta reina, intrigante pero un tanto incompetente, y madre afectuosa pero descuidada, dista bastante de la imagen ideal que se guarda de Isabel de Valois. Pero concuerda mejor con lo que ella misma consideraba como su propia identidad. Así se autodefinió en su Testamento de 1566: «Yo, doña Ysabel de França, Reyna de Castilla, muger del Catolico rey Don Phelipe my señor, y hija de los Cristianisimos Reyes de França»⁴. Es decir, se identificaba ante nada por su patria y linaje, por su oficio de reina, y por ser esposa de Felipe II. Poco después lograría ser madre. Este artículo, por fuerza breve, tratará de indagar esos elementos fundamentales, comenzando por su papel político que se vio afectado precisamente por esa dicotomía entre su título de reina de Castilla y su inclinación hacia Francia. Sin embargo, esto tuvo menos impacto en su función como mujer del rey y madre, a las que dedicamos la segunda mitad del artículo, ya que estas esferas se gobernaban por otras reglas de comportamiento que consiguió seguir con más éxito.

1. La hija de Catalina de Medicis

Todas las reinas tenían un papel político, aunque éste podía variar enormemente. Su proximidad al rey las convertía en objetos muy apreciados por todo aquel que intentaba influir al monarca. Esto había promovido ciertas costumbres y condicionado las expectativas sobre el comportamiento de las mismas. Ya que el matrimonio debía funcionar a nivel personal y no solo político se puede vislumbrar en muchas cortes de la época una fuerte tendencia a limitar el papel político de las reinas. No obstante, era imposible marginarlas por completo y de nada aconsejable, ya que se necesitaban a veces para hacer de regentes. Aunque en tales ocasiones se les rodeaba por consejos especiales y muy potentes, era imprescindible que estas mujeres desarrollaran un papel activo durante la ausencia de su consorte, o en caso de su muerte prematura, y para ello era necesario que tuviesen ciertos conocimientos políticos. El mero hecho de tener una casa les imponía cierto nivel de participación política ya que era su deber proteger y

⁴ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, incidente con la carta en vol. III n.º 91 p. 64, Isabel a Fourquevaux, Madrid, 24 de junio de 1568. Unos días antes, en vez de devolverle otra carta de Catalina, Isabel se había despistado y enviado la carta de una dama, Santena. *Ibid.*, n.º 90. El testamento en *Ibid.*, n.º CXXXIII p.348, Valsain, 27 de junio de 1566.

promocionar a sus oficiales, tanto dentro de su propia corte como fuera, notablemente en Roma. Ejercer patronato era ejercer poder y participar en el proceso político.

En el caso de Isabel de Valois es muy difícil evaluar su papel político fuera de la política hispano-francesa. La escasez de fuentes documentales en sí es ya bastante significativa e indica tanto su limitada intervención en los negocios internacionales como también en cuestiones de patronazgo. Hemos encontrado muy pocos memoriales en los cuales ella solicitara un favor para algún individuo —resaltan dos peticiones a Portugal por hábitos de la orden de Cristo, por ejemplo⁵. También pidió alguna cédula al papa y a la curia, como testifica la correspondencia del nuncio Rossano, en los últimos años de su vida. Es una tentación explicar la escasez de hue-llas históricas al respecto con referencia a su juventud. Algo debió influir, pero no puede ser ésta la única explicación de su falta de iniciativa. Además, el nivel de actividad de la reina es inferior al que podemos constatar en otros personajes jóvenes de la familia real de los Habsburgo y hay pocos indicios de que su capacidad o voluntad de intervención fuese mayor a medida que crecía. En ciertos aspectos fue disminuyendo. Impulsada por sus damas Clermont y luego Vineux, y presionada por ciertos embajadores como el de Francia, el de Ferrara (el duque era hijo de René de Francia), y el de Florencia (la conexión aquí era con los Médicis), Isabel intentó ejercer alguna influencia política fuera del ámbito hispano-francés al principio de su reinado. Por ejemplo, en julio 1561 franceses y ferrareses solicitaron su ayuda para promover el matrimonio entre el duque de Ferrara y la princesa Juana. Ella quería complacerles pero era muy consciente que en este terreno arriesgaba sus relaciones con Juana quién había dado a entender que no quería volver a casarse. Parece ser que Isabel procedió con tanta cautela que de nada sirvió su favor al duque. Algo más tarde, los ferrareses intentaron obtener hábitos de la orden de Cristo de Portugal para lo cual intentaron obtener el apoyo de Juana —madre del rey Sebastián— a través de la reina. De nuevo se encontraron con que Isabel no quería por ninguna razón molestar ni disgustar a su cuñada. Es muy probable que la princesa le hubiese dado a entender claramente que no admitía su intervención en esferas que consideraba suyas, como las relaciones con Portugal y la cuestión de su matrimonio⁶. En agosto de 1561, se le solicitó algo mucho menos sustancial pero que importaba: que ayudase al embajador del duque de Ferrara a encontrar un buen alojamiento en Madrid. Isabel accedió gustosa y lo intentó, respaldada por Vineux. Pero, como comentó el embajador de Ferrara, su influencia fue «nula».⁷

⁵ Archivo Nacional da Torre do Tombo, Conselho Geral do Santo Ofício (de aquí en adelante, ANTT, CGSO), libro 210 ff.3r-4r, Pereira a Catalina, Segovia 20 de agosto de 1566. Agradezco a Fernando Bouza que me animase a consultar estas fuentes de Lisboa.

⁶ Archivio di Stato di Modena, Cancelleria Ducale, Estero, Ambasciatori, Spagna (de aquí en adelante ASMo, CDE, ASp), busta 7 s.f., Claudio Ariosto al duque de Ferrara, Madrid, 7 de julio de 1561; Conde Fulvio al duque de Ferrara, Madrid 2 de Mayo de 1562. Se menciona a Vineux como principal mediadora en ambas, pero la de Ariosto también alude a la intervención de Clermont.

⁷ ASMo, CDE, ASp, busta 7 s.f., Antonio Rota al duque de Ferrara, Madrid 15 de agosto de 1561; Claudio Ariosto al mismo, 12 y 25 de septiembre.

Es probable que Felipe II y sus ministros hicieran lo posible por obstaculizar estos primeros intentos de influencia, desanimándola para que no se crease dentro de la corte un sector alternativo de influencia política y de patronazgo. Lo cierto es que enseguida se dieron cuenta los observadores que no valía la pena solicitar su ayuda, ya que Isabel no tenía ni poder ni autoridad para conseguir lo que le pedían. Al contrario, se arriesgaban a crear una situación azarosa para ambas partes, como ocurrió con el embajador de Ferrara y su alojamiento. Al final Isabel tuvo que disculparse por no poder conseguir lo que había prometido, algo que debió causarle cierta vergüenza y que a él le provocó gran incomodidad, aparte de que después tuvo que encontrar otra forma de solucionar el problema. Quedan pocos rastros de su intervención después de estos infructuosos intentos. Años más tarde, el embajador de Florencia informó al príncipe Franceso que la reina estaba tan conmovida por las noticias de la rebelión en Escocia contra María Estuardo que había prometido intervenir para ayudarla. Nobili opinaba, sin embargo, que no se debía esperar un resultado positivo ya que Isabel no tenía influencia en negocios de estado⁸.

Pero cabe preguntarse si la culpa se debía tan solo a las maniobras de los ministros y al rechazo de su participación política por parte de la propia familia real. Como hemos argumentado en otro lugar, la reina manifestó una escasa participación en otros negocios relativos a su ámbito más importante que era su propia casa. No quedan apenas rastros de su intervención en las rencillas que dividían a sus damas, ni en los matrimonios de las mismas, lo que contrasta con la actuación efectiva de la princesa Juana. Isabel brilla por su ausencia en los negocios políticos a partir de 1561 menos en uno: las relaciones hispano-francesas. Como prenda de la paz, era su deber facilitar y reforzar las relaciones entre las dos potencias que se habían aproximado a través de su persona. A diferencia de otros negocios, en este sector se le empujó a inmiscuirse desde el principio por parte de su madre y de su esposo. Esta es la diferencia principal, pero aún así, no fue fácil conseguir su participación sistemática, y como veremos, pocas veces llego a tener éxito. Considerando su carácter es evidente que la limitación más importante no fue estructural ni debida a una oposición demasiado fuerte. Simplemente, Isabel careció de decisión y de fuerza de carácter para imponerse en otros ámbitos. Catalina de Médicis hizo un comentario muy agudo sobre su hija en 1560 que seguía siendo acertado en 1568: «tiene buen carácter y es capaz de hacer bien las cosas si se aplica a ellas». No le faltaba inteligencia, aunque tampoco la derrochara, pero sí le faltaba iniciativa, no le gustaba admitir que no podía hacer lo que prometía y, sobre todo, jamás venció su natural indolencia⁹.

⁸ Archivio di Stato di Firenze, Archivio Mediceo del Principato, Spagna (de aquí en adelante, ASF, FA, Sp), 4898 s.f., Nobili al duque Francesco II.

⁹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, I, pp.342-ss; cita en p.343 la carta de Catalina de Médicis a Limoges, 28 de julio de 1560: «elle ayt le naturel bon et l'entendement tel que, quand elle le voudra appliquer à quelque cho-

Isabel admitió desde el principio su papel como garantía de la paz hispano-francesa. En las entradas oficiales y recibimientos que se le hicieron por España se vio retratada una y otra vez con símbolos de paz y a veces presentada como la encarnación de la paz. Su presencia en España abría las puertas de la corte de Felipe II a los franceses de una forma que no era recíproca en el estado vecino, por mucho que mejoraron las condiciones de acceso de los embajadores filipinos a la corte francesa. El ideal en tal situación sería que Isabel sirviese para armonizar la política de Francia, dominada entonces por Catalina de Médicis, y la de Felipe II. Ahora bien, tanto su madre como su marido tenían una visión diferente de su deber y fue Catalina quien salió victoriosa en el forcejo. Catalina no tuvo reparo en manipular a su hija desde el primer momento, apelando constantemente a la obediencia debida a una madre y a la lealtad de una francesa a su rey y a su patria. Le amonestaba y ordenaba que obedeciese las instrucciones que ella le transmitía a través de su embajador. Era casi inevitable que Isabel, por su juventud, su afecto a Catalina y hábitos de obediencia hacia su madre, llevase al cabo estos encargos.

Catalina de Médicis utilizó a su hija para negociar asuntos delicados con Felipe II como fueron las múltiples bodas reales que proponía, casi siempre a disgusto de la corte española. No hubo un año ni una misión francesa que no se marcara por alguna proposición matrimonial y, por ser cuestión de su familia, Isabel siempre se prestó gustosa a estos negocios. Son casi los únicos que le suscitaban cierto interés y entusiasmo y a los cuales dedicó bastante energía. Más importaba a Catalina que su hija defendiese su política interna, especialmente sus pactos con los protestantes franceses, que era habitualmente contraria a la vía que aconsejaba Felipe II. Isabel obedeció, siguiendo lo mejor que podía sus instrucciones, demasiado sutiles y controvertidas a veces para la joven. Una vez que mejoró su entendimiento de la política y de la religión se le haría cada vez más difícil esta tarea. Catalina también la utilizó para promover las demandas del quien se conocía en España como el duque de Vendome, y en Francia como rey de Navarra. Isabel tomó buena parte en este negocio por tratarse de un familiar conocido. Catalina quería ganarse al duque y pidió a Felipe II que se le compensase por la pérdida de territorios en la parte hispana de Navarra que anexionara Fernando el Católico en 1512. Para impedir que Catalina se aliase con los nobles protestantes, Felipe II entretuvo estas negociaciones por varios años, hasta la muerte del duque en 1562. Más tarde Isabel intervendría en otros asuntos, como las visitas o reuniones que Catalina proponía organizar con los monarcas hispanos y los conflictos hispano-franceses en Florida los cuales volveremos a mencionar. De vez en cuando, Catalina intentaba también que su hija desacreditase a aquella gente que ella consideraba hostil hacia Francia —es decir, hacia su política—. Entre los que merecieron tal tratamiento estuvieron los embajadores Chantonnay y Álava, el duque de Alba y la reina de Inglaterra.

se, j'espèray tousjours que'elle [sic] le voudra bien». Es cierto que Limoges aludió a la prudencia precoz de Isabel en Febrero de 1562 (ibid., p.345) pero encaja mal con las críticas que él mismo hacía de ella en esta época por su falta de firmeza y sabiduría a la hora de resolver los graves problemas de su casa.

Mientras que Catalina nutría la expectativa de que su hija podía conseguir sus fines si «juegas tu papel bien»¹⁰, Felipe II no se hacía grandes ilusiones. Consciente de que debido al carácter de Catalina era dudoso el impacto de la intervención de Isabel, no le encargó demasiados negocios. Muchas veces ni respondía por vía de su esposa a los negocios que Catalina le encargaba a la reina. La arbitrariedad de Isabel, su identificación con Francia, neutralizaba su potencial como mediadora y la convertían en herramienta de la intrigante Catalina. El proceso tan lento y parcial de adaptación de la reina a las costumbres hispanas mantuvo vivas estas sospechas sobre su inaptitud para servir como mediadora. No obstante, a Isabel le tocaba con frecuencia la desagradable tarea de regañar a los franceses por contemporizar con los hugonotes y persuadir a su madre para que apoyara exclusivamente a los católicos, tal y como le pedía Felipe II¹¹. Cumplía estos encargos porque era su deber, a sabiendas que provocarían las quejas maternas.

Las ocasiones en que estuvieron de acuerdo Felipe II y Catalina de Médicis fueron muy escasas. Isabel tenía que aguantar encuentros difíciles, en ocasiones tirantes, especialmente con la corte hispana y muy en particular con su esposo. Es probable que la obligación de abordar conflictos y dificultades semejantes a una edad precoz la desanimara de participar de forma más activa en la política una vez que fue mayor. Habitualmente hacía los encargos que le pedían su madre y su esposo, hablando, persuadiendo, defendiendo y justificando a un lado frente al otro, con más o menos entusiasmo. Pero aun cuando tuvo más experiencia se limitaba a seguir instrucciones sin manifestar iniciativa propia. Con los años, a veces fue eludiendo y a veces esquivando algunos encargos para no hacer frente a la hostilidad que provocaban. Le disgustaba sobremedera ver enfrentados a sus dos polos de afecto y autoridad, su madre y familia en Francia y su marido.

No debe sorprendernos que no tuviese éxito Isabel en ninguna de las intervenciones que le encargó su madre, ni tampoco a la inversa. Ni la situación era propicia ni la personalidad de la reina contribuyó mucho para mejorarla. Pero no por ello debemos concluir que su papel careció de importancia. Al ser ella la que transmitía mensajes desagradables e interpretaba de forma positiva posturas políticas inadmisibles se consiguió reducir la fricción, la hostilidad y las sospechas mutuas entre Felipe II y el gobierno francés. Para los embajadores franceses, Isabel fue de gran utilidad y no solo porque su presencia les facilitaba el acceso a la corte. En poco tiempo se convirtió la reina en una pieza clave para ellos, proporcionándoles toda clase de información. Saint Sulpice comentó más de una vez que sus informes sobre las intenciones y las actitudes del rey eran valiosísimos y, cuando se encontró sin ella durante varios meses a

¹⁰ E. Cabié, *Ambassade en Espagne de Jean Ebrand, seigneur de Saint-Sulpice, de 1562 à 1565*, Albi, 1903, p.170, Catalina a Isabel, s.d., c.18 de octubre de 1563, «Madame ma fille, set bous savés byen jeuer vostre jeu, je ne foye neule doute que n'aye saist plesir et contentement.»

¹¹ Estos comentarios sobre el papel político de Isabel se basan en una lectura de la documentación publicada en las obras citadas de E. Cabié, A. González de Amezúa y Mayo y la de C. Douais, *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du Roi Charles IX en Espagne, 1565-1572*, 2 vols, vol.I, 1565-1568, Paris, 1896.

finales de 1563 y en 1564, no dudó en asegurar a los reyes franceses que habían perdido mucho los negocios de Francia al no tener el respaldo de Isabel¹².

Incluso en las relaciones hispano-francesas su papel fue más simbólico que real hasta la reunión de Bayona en 1565. Aquí sí que consiguió participar efectivamente en el plano más elevado de la política. El hecho de que nadie lo esperara subraya la escasa iniciativa y aptitud que había manifestado hasta entonces. Las visitas eran la culminación de un largo proceso iniciado por Catalina de Médicis en 1559. Había pedido una reunión con Felipe II principalmente para reforzar su propia autoridad y amedrentar a sus enemigos. Pero el rey hispano se negó a acudir por muchas razones. Ante nada, lo consideraba como una estrategia peligrosa que podía tener un impacto negativo en toda Europa, provocando temor en el sector protestante que podía reaccionar formando una liga, sin reforzar al desunido bando católico. Pero, a la vez, no quería rechazar a Catalina y pensó que podía inclinarla hacia una política más parcial a los católicos en Francia si accedía a su petición. Dilató la entrevista lo más posible, hasta que llegó un momento en que no pudo más. Seguir así implicaba o que había mentido por años, o que iba a romper su palabra. En enero de 1565, Felipe II anunció que se celebraría la reunión, sin comprometerse personalmente a ella. Al contrario, intento convertir la ocasión en una reunión familiar más que política, dando a entender que era algo muy deseado por Isabel, como era cierto. Naturalmente, la reina sabía que el acontecimiento tenía un objetivo político-religioso por ambos lados, pero para ella y sus damas francesas sería antes que nada una oportunidad para brillar en un nuevo firmamento y ver a sus familiares y amigos después de cinco años de ausencia. El rey, incómodo desde el principio con el plan, se ocupó de organizar el viaje mientras pensaba en quién enviar para desempeñar el papel político que para él era lo único que daría algo de valor a tal reunión. Convencido que nada ganaba con su presencia, eligió al duque de Alba, pese a la campaña montada por Ruy Gómez de Silva para que se le nombrase a él. Campaña en la que involucró a varios embajadores y en la cual Catalina de Médicis participó de pleno. Ella le consideraba como un político pactista y flexible, pero el rey quería ser representado por alguien que compartiera totalmente su visión política y religiosa y que mantuviera una línea firme con la resbaladiza y hábil Catalina. Alba sería asistido por otro político experimentado, Juan Manrique de Lara, que a la vez desempeñaría su papel de Mayordomo Mayor de la reina. El resto del séquito, entre ellos los duques de Infantado, Nájera y Osuna, el conde de Benavente, el prior don Hernando de Toledo, y los obispos de Calahorra y de Pamplona, acudía en funciones protocolarias y ceremoniales, para acompañar a la reina y representar el poder y riqueza del reino¹³.

¹² E. Cabié, *op. cit.*, p. 127, Saint Sulpice a Catalina del 11 de mayo de 1563 e *ibid.*, pp. 172-3 del c.9 de noviembre de 1563. A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, estudia varios de los negocios en los que participó Isabel, especialmente en pp. 8-40; 163-186, 397-494.

¹³ Hubo grandes rumores y discusiones sobre el séquito de la reina que recogieron todos los embajadores, sirva de ejemplo de los rumores que se desencadenaron la carta del embajador florentino, ASF, MP, Sp, F4897, ff. 86-7. Ver también A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III p. 340.

Al enterarse que no estaría presente Felipe II, Catalina también vio cierto beneficio en presentar el encuentro como una reunión familiar y festiva. No le interesaba negociar de nuevo con estos ministros del rey, por lo cual decidió evitar encuentros oficiales con ellos y se dedicó a organizar un encuentro espectacular donde todo era festejo y ceremonial. Esquivó todo contacto político con Alba y Manrique de Lara, a sabiendas de que Alba criticaría su política de reconciliación y cooperación con los protestantes. Intentó desviar las negociaciones, tanto políticas como religiosas y matrimoniales, por vía de Ruy Gómez de Silva, a quién envió una serie de embajadas para instruirle en los negocios que debía proponer al rey de su parte. Felipe II rechazó estos métodos e insistió en que todo se debía discutir directamente entre Alba y Catalina en Bayona. Quedando ya pocos días del encuentro, Alba tuvo que pedir la intercesión de Isabel. Le pidió que hablase con su madre y que le pidiese una entrevista donde pudiesen hablar de los temas más apremiantes antes de finalizar las fiestas. Catalina no pudo negarse a la petición de su hija, pero insistió en que Isabel estuviese presente en la reunión, pensando a lo mejor que así podría moderar las críticas del temido duque. Todos quedaron sorprendidos cuando Isabel se entremetió en los debates, amonestando a su madre, eso sí, con sumo respeto. Le pidió que cambiase de rumbo y apoyase abiertamente a «los buenos», esto es, a los católicos franceses y que se apartara de toda alianza y compromiso con los hugonotes.

Es posible que Isabel encontrase cierta fuerza e inspiración en la concesión de la Rosa de Oro que el papa le había hecho y que el nuncio le entregó en un solemne acto en Bayona el 26 de julio. Era un honor con el cual se distinguía a las princesas católicas que habían demostrado gran virtud y apoyado a la iglesia. Alba y Manrique de Lara se dieron cuenta inmediatamente que la intervención de Isabel podía resultar mucho más efectivo que sus argumentos ya muy conocidos y repetidos hasta la saciedad. Hicieron lo posible por darle consejos y animarla a seguir con sus amonestaciones a Catalina, pero debemos insistir que en la primera ocasión Isabel respondió a su madre con naturalidad y sin ser aleccionada y, posteriormente, lo hizo por convicción y no por que se lo pidieron los ministros de Felipe II. Era precisamente su amor a Catalina y al rey de Francia lo que la impulsaba a hablar con aquella soltura. Alba no escatimó sus elogios a Isabel, comentando a Felipe II: «no tiene ministro que con tan buenas y apretadas razones lo hiciera». Catalina y Carlos IX refutaron estos argumentos, intentando hacerla comprender que la situación en Francia era muy compleja y que no era factible guerrear más con los protestantes. Fue un esfuerzo inútil. La joven reina tenía una visión clara y simple de la situación de Francia y no comprendía por qué su madre seguía una política ideológicamente ambigua, por no decir comprometida. Puede ser que esta intervención impulsara a Catalina a cambiar radicalmente de táctica. A última hora, y respondiendo también en parte a la intensa presión de otros católicos presentes, Catalina organizó una reunión «secreta» a la cual se convocó a última hora al duque de Alba. La ocasión estuvo cargada de esa intensa teatralidad que tan bien sabía explotar ella en momentos difíciles. Catalina declaró ante un público selecto del que se excluyó a todo protestante, su adhesión al bando católico y su determinación de apartar a los protestantes del poder en Francia cuando la ocasión se lo permitiese.

Se ha interpretado esta reunión y el viraje dramático de Catalina como un intento de la misma para ablandar y ganarse a Alba y convencerle de las ventajas de una serie de matrimonios principescos que propuso en este tiempo a Felipe II. Esto es muy dudoso. Pese a quedar convencidos de que Catalina había cambiado de rumbo, ni Alba ni Manrique de Lara picaron el cebo de los matrimonios, ni era de esperar que lo hiciesen. Es más probable que su «conversión» tuviera otro público: su hija Isabel. Catalina dependía de ella como portavoz y apoyo en la corte de Felipe II. Era imprescindible volver a cautivarla, y asegurarse de que regresara a España convencida de los credenciales católicos de su madre. Fue un acto inspirado, como tantos otros que tuvo Catalina en su larga y difícil vida. Isabel quedó contentísima y convencida de que su madre definitivamente había cruzado el Rubicón, y muy ufana de que esto se hubiera conseguido en parte por su intervención. Salió de Bayona con la férrea convicción de que su madre era buena y sabia, y que estaba incondicionalmente de parte de los católicos pero que, a veces, por los malos consejos o las circunstancias le impedían hacer todo el bien que latía en su corazón. También salió bien instruida por su madre en los múltiples enlaces que Catalina le proponía a Felipe II y, como en otras ocasiones, se prestaría sin dificultad a promoverlos, a sabiendas de que su marido no los aprobaba¹⁴.

Isabel regresó a Madrid con su espíritu gálico reanimado y sus credenciales como hija de Catalina y de Francia reforzados. No se le podía pedir más por un buen francés¹⁵. Coincidió su renovada identificación con Francia y los Valois con la entrada de un nuevo embajador francés en Madrid, Fourquevaux, quien supo manipular a Isabel como ningún otro. Como se puede ver por la correspondencia que publicó Douais, Fourquevaux mantuvo unas relaciones excelentes con ella y consiguió su cooperación en muchos asuntos, desde obtener audiencias con el rey por su intercesión —cuando no se las daba a nadie— hasta recibir información privilegiada y a veces secreta que ella le obtenía, y no sin riesgo. Coordinaban sus contactos con el rey sobre temas importantes. A veces ella le preparaba el camino hablando de antemano con Felipe II y algún ministro; otras reforzaba los esfuerzos del embajador y le pedía consejos continuamente sobre lo que debía decir al rey. También le entregaba sus cartas para Francia, incluso las que dirigía a Catalina, antes de enviarlas, prestándose a cambiarlas y a añadir lo que el embajador le aconsejase. Llegó a depender mucho de sus consejos de cara a Catalina y a Felipe II. A partir de 1565, Isabel se fue aproximando cada vez más a la política de su madre, y en ciertas materias, como fue defender el derecho de Carlos IX a casarse con una archiduquesa, la identificación fue completa, lo cual derivó en conflictos con Felipe II y con Juana. Lloró de pena y de rabia cuando conoció la matanza de los franceses en

¹⁴ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, ofrece una narración extensa de estos encuentros. Véase especialmente pp. 241-8, 268-272; cita de Alba en p. 247; la rosa en p. 280. Este autor comenta con más entusiasmo que precisión que en Isabel se hizo «carne y sangre nuestra política religiosa» —es decir—, la de España (p. 248). Pero era una política que defendían también la mayoría de franceses. El tomo III publica en el apéndice II muchos documentos sobre los acontecimientos políticos y ceremonias de Bayona.

¹⁵ C. Douais, *op. cit.*, I, n.º 4 p. 5, Fourquevaux a Catalina de Médicis, Madrid 3 de nov. de 1565.

la Florida, sosteniendo un encuentro muy tirante con el rey sobre el tema que dio lugar a una extensa justificación por parte de Felipe II. El rey no logró convencerla de que la severidad estaba justificada por el peligro de las posesiones hispanas y por el hecho de que era permisible y aconsejable por la ley internacional vigente ejecutar a piratas, fuesen franceses o de otra nación. El espíritu francés de Isabel se imponía a estos criterios más justificados. Es cierto que la reina se disgustaba cuando su madre optaba por pactar con los hugonotes, como ocurrió en más de una ocasión, pero esto no disminuyó ahora su deseo de apoyarla. Optaba por regañarla y culpar a la situación y a los malos consejos. Cada vez que el péndulo se movía al otro lado, cosa que ocurrió con frecuencia en la inestable situación de la época, Isabel se convenía de nuevo de que su madre compartía las mismas metas. Cuando el nuncio Rossano habló con Isabel de lo que ocurría en Francia, a principios de diciembre de 1567, comentó que 'la Regina intende bene le cose di Francia'. Lo que más le impresionó fue que Isabel se ofreciera a ponerse en contacto con su madre y hermano para animarles a que lucharan contra los enemigos de la fe¹⁶. Pero la influencia de Isabel en la política de Catalina de Médicis fue nula.

Esta inclinación más marcada por Francia tuvo que notarse. Aunque no parece ser que las relaciones personales del matrimonio se vieron afectadas, las repercusiones políticas eran inevitables. Probablemente influyera en la decisión de Felipe de no dejarla de regente en España cuando decidió ir a Flandes en 1566 para apaciguar la rebelión que estalló en sus estados septentrionales. Pensando que Isabel desempeñaría tal oficio, Catalina le envió un memorial e instrucción de su propia mano para «instruirla». Este tipo de intervención por parte de la reina de Francia debía ser tan temida como esperada en la corte de Castilla si algún día quedaba Isabel al mando¹⁷. Es interesante también comprobar como, en 1568, el embajador de Felipe II en Francia se quejaba al rey de las cartas que Isabel escribía a sus confidentes franceses, como el ex-embajador Saint-Sulpice y su limosnero Subletz. Sin revelar el contenido de estas cartas, pero dando una impresión de que eran dañinas, el embajador pidió al rey que le hiciera comprender a Isabel que los destinatarios las mostraban y difundían lo que en ellas decía la reina. Entre líneas, podemos decir que Álava la tachaba de falta de discreción. Pero se permitió tan sólo advertir al rey que un día esta correspondencia podría tener consecuencias nefastas ya que varios de sus corresponsales apostaban por una política pactista entre católicos y hugonotes, muy contraria a la que apoyaba Felipe II, y que podían utilizar cartas de la reina, reales o ficticias, para defender su causa¹⁸.

En los últimos años de su vida, pues, Isabel de Valois participaba con más frecuencia en las relaciones hispano-francesas, pero en vez de mejorarlas, a veces contribuía a la tensión. Al

¹⁶ Biblioteca Nacional Madrid (de aquí en adelante, BNM), mss.8246 p.529, Rossano al cardenal Alessandrino, Madrid 3 de diciembre de 1567.

¹⁷ C. Douais, *op. cit.*, n.º 97, pp. 258-9, Fourquevaux a Catalina, Madrid 24 de agosto de 1567.

¹⁸ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, p. 474.

identificarse de tal forma con Francia y con Catalina, pese a sus largos años de residencia en España y su posible afecto por el rey, ciertos ministros hispanos llegaron a tratarla con reserva y recelo. Otros, entre ellos el rey, apreciaban la presión que seguía manteniendo sobre Catalina en el punto clave que era la necesidad de apoyar al bando católico francés y apartar a los hugonotes de la corte de Carlos IX. Pero todos sabían que su capacidad para influir en el rumbo de la política de su madre y de su marido no había aumentado con los años. Es cierto que la situación era muy compleja y posiblemente intratable, pero Isabel tampoco tenía suficiente iniciativa y fuerza de carácter para imponerse. Muy notable es el hecho de que su muerte no afectó sustancialmente a las relaciones hispano-francesas.

2. Esposa y madre

Es de suponer que los enfrentamientos entre Felipe II e Isabel de Valois en el ámbito político debieron tener cierto impacto en sus relaciones personales, pero de ser así lo disimularon. De hecho, el matrimonio se vio más unido durante la época posterior a Bayona cuando Isabel se encargó de defender con más energía la política de su madre. No debe sorprendernos del todo. Las relaciones personales—mejor dicho, matrimoniales—entre Felipe II e Isabel estaban guiadas, por no decir determinadas, por las normas vigentes y las imágenes y el lenguaje del perfecto matrimonio. Las reglas habían evolucionado para facilitar la conducta de los personajes nobles en un aspecto muy complicado de su existencia, en el cual se barajaban los sentimientos personales, las necesidades físicas y la más estricta intimidad en medio de un escenario brillantemente iluminado. Sabían de sobra que se les observaba y se comentaba cada gesto y cada palabra. La solución acabó pasando por el requerimiento de proyectar una imagen que, a falta de sentimientos auténticos, podía forjarse a fuerza de disimulación. Los cónyuges nobles y regios de la época tenían su papel bien definido. El deber de Isabel era obedecer a su marido y se esforzó por hacerlo, aludiendo a ello en su Testamento en el cual daba licencia al rey para determinar el lugar de su entierro «porque como le fuy obidiente en la vida, assy lo quiero ser en la muerte.»¹⁹ También debía esforzarse, como le amonestó su madre, a «hacerse querer» y «hacer saber al rey, tu esposo... como le amas y honras» y como amaba y honraba a todo lo que tocaba al rey, incluida su familia. Esta era la única forma de ganar el afecto de su marido²⁰. Felipe II debía corresponderle con honra y respeto y hacer lo posible por complacerla, demostrándole «amor» o afecto en público. De faltar alguno de estos elementos, el matrimonio no podía ser calificado como bueno, lo cual provocaría tensiones o conflictos entre las dinastías y reinos que encarnaban los cónyuges.

¹⁹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º CXXXIII, p. 350.

²⁰ E. Cabié, *op. cit.*, p. 31, Catalina a Isabel, 13 o 14 de Junio de 1562. Catalina felicitaba a su hija por su atención hacia el príncipe Carlos, concluyendo esta sección así: «et s'et tout set que devés tâcher que de vous faire aymer d'eux et fayre conestre au roy vostre mary en toutes chaus es comment l'aymés et haunorés et tout ce qui vient de luy.»

Era más difícil ajustarse al modelo nupcial vigente cuando existía una gran disparidad de edad y costumbres, como era el caso. No obstante, Felipe II actuó impecablemente desde el principio, honrando a su mujer con una gran casa en la cual permanecieron muchos franceses y mostrándole toda cortesía, respeto y afecto en público. Poco tendrían que decirse el uno al otro en esta época y, sin embargo, las normas dictaban que la pareja real debía tener contactos frecuentes y que las ausencias del rey debían limitarse. De no ser así, comentaba un consejero en 1559, «parecería desamor, cosa que, a los principios, por lo menos, se deue dar a entender lo contrario»²¹. Por eso el rey se esforzó en verla con cierta frecuencia, aunque en esta primera etapa no parece ser que lo hiciese a diario, a no ser que estuvieran en Aranjuez o Segovia o viajando juntos. El contacto entre Isabel y Felipe II se hizo más frecuente en 1561 por dos razones. Primero, porque la reina cayó enferma con viruelas. Como había hecho en otras ocasiones cuando Isabel no estaba bien, el rey estuvo muy atento. «Hace muy bien su oficio de buen marido», comentó Isabel a su madre en una frase muy reveladora, «pues en cuanto caí con fiebre jamás dejó de estar a mi lado... y me vino a ver todos los días». El matrimonio también era un oficio y, como veremos constantemente, una de las normas más importantes para juzgar su éxito era la frecuencia de las visitas del marido. En cuanto Isabel se recuperó, Felipe II regresó a su rutina, pero la visitaba con más frecuencia. Cuando la dejó para hacer un viaje, el rey le escribió diciéndole que la echaba de menos. Estas palabras le hicieron rebosar de alegría a Isabel y provocaron su comentario: «soy la mujer más feliz del mundo». Semanas más tarde comentó que estaba muy alegre porque el rey ahora la visitaba todos los días, cosa que aliviaba su aburrimiento²². Esto fue a finales de Febrero de 1561. El matrimonio fue alcanzando un mayor grado de intimidad después de que Isabel comenzara a tener la regla, a principios de agosto, y se iniciaran las relaciones sexuales entre ellos²³.

Es perfectamente factible que Isabel ya sintiese afecto por el rey y que éste la correspondiera. Pero no es posible saberlo con seguridad. Podemos comprobar que el rey sintió y expresó sentimientos muy profundos hacia su familia. Años después sería atento y cariñoso con sus hijos y con la reina Ana, dejándonos en su correspondencia con las hijas que tuvo con Isabel un evidente testimonio de sentimientos que pocos dudarian en calificar como amor²⁴.

²¹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º V, p. 82. Parecer sobre el matrimonio de Felipe II e Isabel. Se refiere a una posible separación de los cónyuges de varios meses, pero el sentimiento que expresa era más general.

²² A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, I, p. 205, n.º 63 citando la carta de Isabel de fines de enero de 1561: «Cet fait bien office de bon mary; car tant comme j'ay eu la fièvre, il n'a jamais bougé d'issy, et ne l'a-on jamais ceu engarder qui'il me vint voir tous les jours: et depuis qu'il est à Tolède, est venue trois fois». Véase también *Ibid.*, III, n.º 14, p. 23, Isabel a Catalina de Médicis, fin. febrero de 1561; n.º 18 p. 26, *ibid.*, marzo de 1561. La noticia alegró a Catalina aunque su respuesta fue breve, *ibid.*, n.º XXXVII p. 158. Detalles de la enfermedad de la reina, *Ibid.*, I, pp. 201-9.

²³ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, p. 57.

²⁴ F. Bouza (ed.), *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, 1999. Esta nueva edición de las famosas cartas de Felipe II a las hijas de Isabel contiene un interesante ensayo (pp. 5-25) en el cual se aborda también el tema del ámbito privado y público del rey en relación con su familia.

No tenemos datos parecidos para testimoniar cómo fue la relación del rey con Isabel, y debemos tener en cuenta que Felipe II cuidaba mucho su imagen en esta época respecto a sus delicadas relaciones con Francia. Era plenamente consciente del valor político de su alianza matrimonial y de la necesidad de hacer bien su papel. Cuanto más perfecto el matrimonio, mas perfecta sería la unión entre la Monarquía Hispánica y Francia. Pero, ¿cómo medir esa perfección? El material que tenemos para analizar los sentimientos de la pareja proviene principalmente de dos fuentes. Primero, los comentarios realizados por los embajadores franceses; segundo las cartas que Isabel y Felipe II escribieron a Catalina de Médicis. Los embajadores nos permiten comprobar que ni el rey ni la reina desperdiciaban ninguna ocasión para proyectar en público, y especialmente hacia los reyes franceses, la imagen de un perfecto matrimonio²⁵. La forma en que ellos transmitían esto también responde a las normas vigentes. Es evidente su recurso a un lenguaje formulario salpicado por superlativos. Se trata, antes que nada, de una convención culta que no se debe confundir con sentimientos reales. Una y otra vez, tanto al principio como al final del matrimonio, diversos embajadores franceses utilizaron las mismas frases. Insisten en que la felicidad de Isabel es extrema o extraordinaria, y que «l'amitié» entre los cónyuges se hace mayor cada día. Es habitual que se califiquen las relaciones entre los cónyuges como perfectas y se acompañe esta declaración con el comentario que van mejorando aún más. Sirva de ejemplo esta frase del embajador Saint-Sulpice, muy representativa de sus comentarios y de lo que decían los otros embajadores franceses: «La Royne vostre fille vit au plus grand contentement du monde, pour la perfection d'amitié don't elle veoit le Roy son mary continuer de plus en plus envers elle». Es decir, la felicidad de Isabel era extrema debido al afecto de su marido que, aunque es perfecto, no hace sino crecer. Comentó también, como normalmente se hacía, sobre la frecuencia con que Felipe II se veía con ella. En este momento lo hacía a diario y las visitas transcurrían «de gracieuse familiarité» por lo cual ella no podía desearle más²⁶. «Amitié» y no «amour» es el término habitual que usan tanto los embajadores como la propia Isabel para describir esta relación perfecta, lo cual implicaba a la vez afecto, armonía y comprensión, no pasión carnal. Es importante recalcar que estos comentarios no solo se repiten sino que aparecen habitualmente en tres contextos específicos: momentos de crisis, generalmente provocados por las muchas enfermedades de la reina, momentos de alegría extraordinaria, como un embarazo o el nacimiento de sus hijas, y, finalmente, durante las idílicas estancias de la familia real en Aranjuez y Segovia. Las cartas de Felipe II y de Isabel a Catalina de Médicis utilizan frases similares y también predominan en estas ocasiones. Esta correspondencia suele estar escrita de su mano pero no son cartas estrictamente privadas. En ocasión el borrador lo hacía un

²⁵ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, I, pp.346-7, el embajador Saint-Sulpice a Catalina, Madrid 12 de junio de 1562, relatando un encuentro típico con Felipe II en el que expresa su contentamiento con la reina.

²⁶ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º CCIX, Saint Sulpice a Carlos IX, Segovia 11 de agosto de 1565.

secretario o lo comentaba un consejero. Lo que revelan estas cartas, igual que las diplomáticas, es el hecho de que este matrimonio es acorde a las convenciones y evoluciona bien. No se deben interpretar ni éstas ni los comentarios de los embajadores como pruebas de amor, y aún menos de un amor apasionado. Ahora bien, tampoco existen pruebas que puedan negar que Felipe II e Isabel llegaron a sentir amor el uno por el otro. La muerte de la reina afectó profundamente al rey, quien expresó su dolor en términos más personales y expresivos de lo normal. Todavía meses después manifestaba sentimientos profundos. Así por lo menos lo declaró el embajador francés, quien informó a Catalina de Médicis que aún entonces le saltaron lágrimas en los ojos al acordarse de ella²⁷.

Lo más probable es que el rey estuviese satisfecho con su matrimonio y que tuviese afecto hacia Isabel. Ella era una mujer plácida que se esmeró por complacer y agradar a su marido y a otros. El embajador Cavalli comentó después de su muerte que había sido «humana y buena» con todos y aprendido a acomodarse muy bien al carácter del rey²⁸. Pero no debemos olvidar tampoco que Isabel era de carne y hueso y además hija de Catalina de Médicis. Igual que ha sido posible ilustrar que su actuación política llegó a veces a ser independiente, y hasta contraria, a la política del rey, indagando un poco más, es posible perfilar un personaje real y observar ciertas finas grietas en la imagen de perfección conyugal. Con ello también podemos explorar los límites de su libertad de acción y el impacto político de las relaciones personales a este nivel de la sociedad.

Por ejemplo, en 1563, el rey anunció su próximo viaje a Aragón, aplazado desde hacía años. Catalina lo estaba esperando para poner en marcha una reunión entre las dos cortes en la frontera aragonesa. Había instruido a Isabel para que persuadiese al rey a acudir. Felipe II no quería tal cosa y para evitarlo decidió ir a Aragón sin Isabel²⁹. Una vez que se apercibió de su posible exclusión, Isabel dio a saber que ella quería ir y publicó su intención de hacer todo lo posible para persuadir al rey a que la llevase. A principios de agosto, cuando sólo faltaban un par de semanas para iniciar el viaje, Felipe II anunció que la reina le acompañaría, pero que, por falta de tiempo, ella y la princesa Juana tendrían que salir algo más tarde hacia Aragón. ¿Qué tácticas utilizó Isabel para convencer a su marido? Cuando el embajador de Portugal, Francisco Pereira, la visitó para expresar sus condolencias por la ausencia del rey e interesarse por su salud, Isabel le respondió que lamentaba no poder darle buenas noticias

²⁷ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, p. 529, cita la carta de Fourquevaux a Catalina de 24 de diciembre de 1568.

²⁸ Archivio di Stato di Venezia, Archivio Propio, (de aquí en adelante, ASVen, AP), DP, 4, ff.265v-266r, Sigismondo Cavalli al Senado, Madrid 8 de octubre de 1568.

²⁹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º XL, pp. 164-6, Felipe II al embajador Chantonmay, Madrid, 12 de junio de 1561. El 16 de mayo de 1563 comentó el rey: «Boluiendo la Reyna madre a la plática vieja de las vistas, escriuió a la Reyna mi muger...». *Ibid.*, III, n.º LXVIII, p. 223. Unos días antes —el 10 de mayo— el rey escribía a Catalina confirmando que Isabel le había hablado de parte de Catalina respecto a estas vistas, «y le respondi lo que ella escribirá». *Ibid.*, III, n.º LXVII, p. 219. Hay muchas referencias a estas vistas en la correspondencia incluida en este tomo.

para comunicar al rey de Portugal en lo que tocaba a su salud, debido a los grandes sufrimientos que le causaba la separación del rey. A continuación, le declaró que el único consuelo que le quedaba en la vida era saber que el 15 de octubre saldría a su encuentro. Afectado por esta respuesta tan teatral, Pereira comentó también a los reyes portugueses que la pobre había llorado mucho por culpa de este viaje. El embajador, un hombre ya mayor que no quería en ningún momento separarse de su segunda mujer, no comprendía que el rey no compartiese estos mismos sentimientos y le acusó de crueldad por abandonar a Isabel. Pereira sabía también que el rey la estaba engañando. Ruy Gómez de Silva y el secretario Erasmo le habían contado que la promesa tardía de Felipe II era un simple ardid para calmar a Isabel y hacerle llevar mejor esta ausencia. No tenía intención de llevarla a Aragón y, de hecho, no lo hizo³⁰.

La estrategia de Isabel fue arriesgada. Haciendo público su disgusto y su determinación había socavado la imagen perfecta del matrimonio y difundido detalles negativos de sus relaciones por las cortes de Europa, socavando a la vez la reputación del rey. Felipe II no tuvo otra opción sino hacer público su deseo de complacerla. Ella pensó que había logrado su fin pero lo único que consiguió fue forzar a disimular al rey. Por lo que sabemos de su carácter es probable que hiciese pasar un mal rato a Felipe II, hombre muy reservado en estos asuntos familiares. Una vez en Aragón, el embajador francés y Catalina de Médicis intentaron convencer al rey para que la llevase y lo hicieron precisamente aludiendo a la imagen del matrimonio. Expusieron su preocupación por la separación y advirtieron a Felipe II que se arriesgaba a perder su reputación de ser un buen marido. El comentario hizo reír al rey, quien añadió con la debida gravedad que haría lo posible por salvaguardar esta reputación³¹. En una audiencia con el embajador de Felipe II, en enero de 1564, Catalina de Médicis se quejó de nuevo del comportamiento del rey y, refiriéndose a la reunión que había solicitado, exclamó: «En fin, el Rey mi hijo no quiere venir en esto, con unos ademanes de dolor, mirando al cielo». He aquí a la maestra de Isabel³².

Isabel se dio cuenta en diciembre que no saldría de Madrid y de nuevo demostró su gran disgusto, principalmente porque se dio cuenta de que no se encontraría con su madre y herma-

³⁰ ANTT, CGSO, Livro 105. Pereira anunció a principios de mayo de 1563 que era probable que la reina y la princesa se quedarían. Por carta a Sebastián, 21 de junio [ff.59v-60r] sabemos que «A R[ain]a procura todo o q[ue] lhe he possiuel hir con el Rey». La declaración que viajaría a Aragón, *ibid.*, ff. 69v-70v, a Sebastián, 7 de agosto. La visita de pésame en *ibid.*, ff. 73v-74r, 19 de agosto, Pereira a Sebastián; «lhe no p[od]e dar boas novas dessy pola auzenza del Rey de que esta con muito sentimento...», comentando más tarde el embajador «das lagrimas q[ue] tem chorado pella partida del Rey».

³¹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º LXXIII, p. 230, Saint-Sulpice a Catalina de Médicis, Monzón, 11 de octubre de 1563; *ibid.*, n.º LXXIV, pp. 231-2 carta del 25 de noviembre con detalles de su conversación con Felipe II. El rey repitió las mismas excusas más tarde, *ibid.*, n.º LXXV, pp. 232-3, Saint-Sulpice a Catalina de Médicis, Monzón, 17 de diciembre de 1563. No debemos olvidar que la enfermedad de Carlos, luego de Juana, y posteriormente de varias damas de la reina hubieran dilatado y puesto fin al viaje, aún si el rey lo quisiera llevar al cabo.

³² A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º LXXIX, p. 240, don Francés de Álava a Felipe II, París, 23 de enero de 1564.

nos³³. Pero su reacción un tanto exagerada se debía a otras razones también. Como siempre ocurría, una vez que el rey salía con su casa y corte —pese a que algunos de los consejos y consejeros quedaron en Madrid— se dio una nueva orden en la casa de la reina. Se le imponía una vida de recogimiento que tenía cierta semejanza con la vida claustral. Felipe II permitió que la reina siguiese oyendo misa en la capilla del palacio y comiendo en público pero, nada más acabar estos actos, ella y sus damas debían retirarse a los salones privados y no se permitiría entrar ni salir de ellos a nadie después de las dos de la tarde. Aún más, la reina debía escoger de antemano las damas que quería que le acompañasen para el resto del día, ya que no podía llamar ni recibir a nadie a su antojo a partir de esa hora. A las diez de la noche esta parte del palacio quedaba clausurada³⁴. Debió ser un duro golpe para una joven y una casa que hasta ese momento habían disfrutado de gran libertad.

El matrimonio volvió a reunirse el 10 de mayo de 1564, después de unos nueve meses de separación, dando lugar al comentario citado anteriormente de que la pareja estaba ahora en perfecta amistad. Sin duda pasaron una estancia feliz en Aranjuez y mantuvieron las apariencias. Pero quedaban rescoldos de resentimiento por ambas partes. En julio de 1564, el embajador portugués comentó que Felipe II apenas hablaba con Isabel³⁵. Cuando el rey prometió, a fines de 1565, llevarla a Flandes, Isabel le recordaría que no había cumplido su promesa en el caso de Aragón, dándole a entender que no se podía fiar enteramente de su palabra³⁶. La situación mejoró al confirmarse el embarazo de la reina a principios de agosto de 1564. El rey se mostró muy alegre y muy atento³⁷, buenos indicios de que el matrimonio volvía a buen cauce.

Siempre se consideró como señal inequívoca del afecto de Felipe II hacia Isabel ver feliz al rey, y esto ocurriría principalmente cuando la reina estaba embarazada. El deber más imperativo de Isabel era, sin duda, la maternidad. Algo habitual para cualquier mujer, pero que las circunstancias de la corte de Felipe II habían hecho aún más importante. Pocos confiaban en que el príncipe Carlos llegase a heredar la Monarquía, por lo que esperaban que Isabel solucionara un problema cada día más acuciante, dándoles otro varón. Nada más llegarle la regla, comenzaron a circular los rumores acerca de sus embarazos. En febrero de 1562 el embajador francés hizo un acertado comentario: la simple expectativa de que tuviera hijos ya habían con-

³³ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º 39, p. 40. Isabel al embajador Saint-Sulpice, Madrid 12 de diciembre de 1563.

³⁴ ANTT, CGSO, Libro 105, ff. 74v-75v, Pereira a Catalina, Madrid 19 de agosto de 1563, aludiendo a un «papel» que había escrito el rey de su propia mano con estas reglas. Lo había entregado el día 17, antes de salir, a Ruy Gómez de Silva y al duque de Alba, quienes se lo comunicaron a la condesa de Ureña.

³⁵ ANTT, CGSO, Livro 105, ff. 67r-68v, Pereira a Catalina de Habsburgo, Madrid 26 de julio de 1564.

³⁶ C. Douais, *op. cit.*, I, n.º 8, p. 15 Fourquevaux a Catalina, Madrid 21 de noviembre de 1565: «Et quand il [Felipe II] feroit tel voyage, ce ne seroit sans elle. Si est ce que mad. Dame ne s'assure point beaucoup sur lad. promesse, car aussi luy avoit il promis qu'elle iroit aux cours de Mouçon et puis s'escuza sur la maladie dud. Prince». Como se comentó anteriormente, la enfermedad de don Carlos había sido la primera razón que se dio para dilatar el viaje de Isabel, ya que debían ir juntos.

³⁷ ANTT, CGSO, Libro 105, ff. 127v-129v, Pereira a Catalina, Madrid 5 de agosto de 1564, «el Rey a reguala mucho e esta muy contento».

cedido más autoridad a Isabel e intensificado el afecto que el rey le mostraba³⁸. Las expectativas y la presión debieron ser terribles y provenientes de todas partes: de su esposo, de su madre, de sus damas, de los embajadores... Incluso su favorita, Madame de Vineux, había pronosticado nada más comenzarle la menstruación que alumbraría un hijo diez meses después. Por lo cual no debe sorprender que, ya en septiembre de 1561, Isabel creyese estar embarazada al habersele retrasado la regla por unos días. Al poco tiempo sufriría su primera desilusión. Le esperaban muchas más. Una dama comentó en diciembre de ese año que estaba segura de que Isabel quedaría embarazada muy pronto, pues tanta gente ofrecía oraciones por ello³⁹. La reina contribuía a estas rogativas en buena medida. A mediados de 1562 de nuevo se creyó embarazada y de nuevo se vio decepcionada⁴⁰. Su preñez se confirmó por fin en agosto de 1564, como ya mencionamos. A los pocos días Isabel cayó gravemente enferma y perdió el bebé. Por unas semanas se temió por su vida. Durante esta crisis el rey permaneció a su lado, visitándola constantemente⁴¹. El duque de Alba dormía en la antecámara de la reina, pasando gran parte de las noches en la cámara de la enferma. Su presencia se debía en parte a la necesidad de que una persona principal, notablemente el rey, su diputado o el Mayordomo Mayor de la casa, estuviese siempre a mano para tomar las decisiones necesarias sobre qué medicamentos y curas se aplicarían a la enferma. Los médicos, como era habitual, ofrecían consejos diversos y, a falta de capacidad de la enferma o en casos como éste de extrema gravedad, el rey o su diputado debían escuchar los razonamientos médicos y evaluar los consejos que le daban, y al final tomar la decisión. Juana pasó muchas noches también en vela con la enferma, como lo harían sus damas principales. Así mismo estuvieron presente en palacio Ruy Gómez de Silva y otros señores principales ya que, al ver a Felipe II tan disgustado, «cada uno esta a competencia con los otros, demostrando su deseo de servirla y grandísimo desconsuelo»⁴². En Madrid se vieron escenas inauditas y manifestaciones extraordinarias de dolor. Las iglesias estaban abarrotadas de gente clamando por la intercesión de Jesús y de los santos⁴³. No se la consideró fuera de peligro hasta finales de septiembre. A comien-

³⁸ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, I, pp. 384 cita la carta del embajador Limoges a Catalina, 25 de febrero de 1562. Limoges comentó que el cambio había ocurrido desde hacía tres meses.

³⁹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, p. 57 citando la carta de Madame de Vineux a Catalina de Médicis del 11 Agosto, y p. 59 la carta de Madmoiselle Nancy a Catalina, Madrid 18 de diciembre de 1561; *Ibid.*, III, n.º XLII, p. 168. Vineux a Catalina, Madrid, 30 de septiembre [1561]. A mediados de junio de 1562 volvía Isabel a creer que estaba embarazada, *Ibid.*, II, p. 58.

⁴⁰ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º 34, p. 38. Isabel a Catalina de Médicis, Madrid, junio de 1562. Lo provocó el hecho de que no le había bajado la regla a su tiempo.

⁴¹ ANTT, CGSO, libro 105, ff. 129r-130r, Pereira a Sebastián con las primeras noticias de la enfermedad, 11 de agosto; el aborto y la reacción de Juana y de Felipe II, *Ibid.*, ff. 130v-131v, a Sebastián, 19 de agosto. A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º LXXXIII, pp. 245-252 publica el relato de uno de los médicos, Vicent Montguyon, de lo que ocurrió. También ofrece en el tomo II, pp. 60-81 una narración pormenorizada de la enfermedad.

⁴² ASVen, AP, Sp.4, ff. 170r-v, Giovanni Soranzo al Senado, Madrid 23 de agosto de 1564.

⁴³ ANTT, CGSO, libro 105, ff. 133v-134v, Pereira a Sebastián, 22 de agosto de 1564.

zos de octubre el rey organizó una procesión y un Tedeum solemne seguido de un gran banquete en la corte para celebrar su mejoría⁴⁴.

Esta enfermedad tuvo aspectos positivos. Alentó sentimientos profundos hacia la joven reina. Había demostrado su capacidad para concebir y sin duda esto también influyó en el rey. En los últimos meses de 1564, a pesar de los problemas que le agobiaban, Felipe II hacía grandes esfuerzos para visitarla todos los días y permanecer un buen rato a su lado. Daba señales de una intimidad inaudita, distraendo a Isabel con visitas a sus colecciones privadas de cuadros, mapas y estatuas. Ruy Gómez de Silva declaró que su comportamiento se debía al hecho de que había apartado de sí a otros «amores»⁴⁵. La necesidad de tener hijos era tan apremiante que el rey preguntaba, ya a principios de noviembre, si podían reanudar sus relaciones sexuales, y el embajador francés comentó que esto era lo que más deseaban todos. Es interesante constatar el hecho de que pese al afecto que sentía por la reina, Saint Sulpice continuó presionando a Isabel y criticándola por su retraso en darles un heredero, recordándole poco después de haber sufrido este aborto que su hermana pequeña ya había tenido un hijo⁴⁶. Las buenas relaciones entre Isabel y Felipe II se mantuvieron pese a la dilación de otro embarazo. En agosto de 1565 la reina declaró que se sentía feliz porque el rey venía a hablar con ella todos los días y porque vivían con gran «amitié»⁴⁷. Como puede verse, mismo para la reina era regla general medir el afecto de su marido por la frecuencia y duración de visitas y el tenor de ellas. Isabel multiplicó sus devociones, especialmente a San Eugenio, suplicándole por un hijo. Hizo también varias novenas a la Virgen para solicitar su intervención⁴⁸. Desde Francia, Catalina le urgía para que le diese un nieto a lo que ella en una ocasión «respondió sonriendo que la culpa es de ella y no de su marido»⁴⁹.

44 ANTT, CGSO, libro 105, ff. 139v-140v, Francisco Pereira a Sebastián, 11 de septiembre de 1564, anunciando la mejoría de Isabel. Estaba el rey ya tan confiado que había salido de Madrid a visitar el Pardo un par de veces. Las ceremonias de gracias, *Ibid.*, ff. 144v-145v, a Sebastián, 10 de octubre. Isabel se excusó de escribir a los reyes de Portugal, aludiendo a su debilidad en diciembre, *ibid.*, f. 160r-v, a Catalina de Habsburgo, 16 de diciembre de 1564. A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, publica parte de la correspondencia de Saint-Sulpice a Catalina de Médicis con detalles de la enfermedad: n.º LXXXIV pp. 253-4, 3 de septiembre; n.º LXXXV, pp. 254-5, 12 de septiembre; n.º LXXXVII, pp. 259-60, 7 de octubre.

45 Saint Sulpice a Catalina de Médicis, 9 de diciembre de 1564, *cit.* A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, I, pp. 387-8, quien también cita en p. 430 la carta de Saint Sulpice a Carlos IX, 7 de octubre de 1564, Eboli, «adjouxta quelques choses de ses amours paisez, qui avoient cessé, et estoient hors de la maison, de sorte que tout aloit si bien, qu'il ne se pouvoit désirez mieulz». Esto se ha interpretado como una referencia al matrimonio y salida de la casa de Juana de doña Eufrosia de Guzmán que se había casado en la primavera de ese año.

46 A. González de Amezúa y Mayo, II, p. 79, nota 210, Saint-Sulpice a Catalina, Madrid, 9 de noviembre de 1564. Los médicos lo desaconsejaron. Los comentarios sobre su hermana menor, que era duquesa de Lorena, *Ibid.*, III n.º CXXX, p. 345, Saint Sulpice a Catalina, 9 de septiembre de 1565.

47 A. González de Amezúa y Mayo, *cit.* varias cartas de los embajadores en II, p. 297 n. 189, Saint Sulpice a Catalina, Segovia, 11 de agosto de 1565; y I, p. 388 notas 69 y 70, cartas a Carlos IX del 11 de agosto de 1565, y a Catalina del 9 de septiembre.

48 El recibimiento de las reliquias de San Eugenio fue un gran acontecimiento, A. González de Amezúa y Mayo, II, p. 339-349. ANTT, CGSO, libro 105, f. 244r, Pereira a Sebastián, Madrid 15 de noviembre de 1565.

49 C. Douais, *op. cit.*, I, n. 4 p. 6, Fourquevaux a Catalina, Madrid, 3 de noviembre de 1565.

Fue pues una gran alegría y un alivio para todos cuando la reina quedó embarazada. Se anunció a principios de 1566, celebrándose grandes fiestas. El rey comentó a Francisco Pereira que «estaba tan contento que aún no se lo creía»⁵⁰. De nuevo, Fourquevaux testificó que el afecto del rey hacia Isabel había aumentado notablemente después de ser confirmada su preñez y lo manifestaba a través del gran honor que le rendía en público y en una intensa intimidad. La visitaba a diario durante dos horas y se acostaba con ella todas las noches. Esta era una novedad que los franceses querían que durase lo más posible para que la reina pudiera utilizar las oportunidades que ahora se le ofrecían para influir sobre la política de su marido. El embajador aseguró a Catalina de Médicis que Isabel le correspondía a su marido tanto en público como en privado, comentario muy revelador⁵¹.

Inevitablemente, esta proximidad no se podía mantener. Por el contrario, el rey tenía la intención de sacar a la reina de Madrid antes de dar luz, ya que el año anterior la ciudad había sufrido una epidemia con elevada mortalidad, forzando a la familia regia a estar fuera del Alcázar por meses. Además, Felipe II había iniciado una serie de reformas en el palacio que requerían desalojarlo⁵². Isabel deseaba ir a Guadalajara, pero Felipe II pensó que sería mucho más sano y conveniente el bosque de Segovia. Se estimaba que tendría que hacer el viaje antes del séptimo mes y quedarse allí después del nacimiento —es decir, estaría fuera de la corte desde mayo a octubre—. El rey admitió que debería estar algún tiempo con ella y tendría que mudarse a Segovia con parte del gobierno. Para una joven que llegó a aborrecer Toledo, entre otras cosas por ser un lugar aburrido, la idea de permanecer en Valsaín varios meses era insoportable. El Bosque era encantador si el rey estaba allí para entretenerla y para pasear cuando hacía buen tiempo, pero ahora no quería hacer ejercicio —algo que se había confirmado con su embarazo— y el rey no podía estar allí todo el tiempo porque necesitaba atender al gobierno. Con esto, el lugar perdía gran parte de su atractivo. Siendo tan pequeño el sitio y teniendo que acomodarla a ella y a Juana, y a veces al rey, la reina debía llevar un séquito reducido y sabía que, como era habitual, no se le permitirían apenas visitas. Esto sí que era muy duro para ella, porque se aburría fácilmente y dependía mucho de estos contactos diversos. No es de sorprender, pues, que estuviese muy disgustada, pero sí que de nuevo hiciera público su disgusto y su oposición al plan. No tardó en saberse que «está bien enfa-

⁵⁰ ANTT, CGSO, libro 105, f. 260r, Pereira a Catalina, Madrid 15 de enero de 1566.

⁵¹ C. Douais, I, n. 18, p. 51, Fourquevaux a Catalina, Madrid 4 de febrero de 1565. «Je vïez hier en ce Roy tous bons signes de la grande amytié qu'il porte à la Royne, sa femme, et luy uzer toutz les respectz et honneurs, don't, quand il luy feroit servitude, il scauroit uzer; et mad. Dame luy correspond de mesme, tant en public comme en privé; leurs domestiques m'ont dict que l'affection dud. Sr. Roy augmente de plus en plus depuis ceste grossesse [sic], si bien qu'il est deux heures toutes les après dynées avec Sa Majesté et y couche toutes les nuictz, et en toutes occasions luy monstre des semblantz de sa. affection, desquelz il navoit pas uzé paravant. Dieu les y vueille maintenir très longuement l'un et l'autre».

⁵² ANTT, CGSO, libro 105, ff. 240r-241v, Pereira a Sebastián, Madrid, [c.6] de noviembre de 1565. Dice que Isabel y Juana regresaron el 27 y Felipe II el 29. Sus cartas anteriores dan muchos detalles de la situación tan peligrosa de la ciudad en esos meses.

dada»⁵³. De nuevo su actitud transcendía los límites de esa «perfecta» y modélica amistad que debía mantener el matrimonio. Su enfado de nada le sirvió sino posiblemente para enojar a su regio esposo. Felipe II impuso su criterio. Para él la salud la reina era apremiante y las ventajas de Segovia evidentes. Pero hubo quien diera la razón a Isabel. Los embajadores ya tenían experiencia de la incomodidad de Segovia. El lugar era muy pequeño para acomodar a la corte y todos tenían que incurrir en gastos adicionales manteniendo parte de su casa en Madrid y la otra en Segovia. El nuncio comentó resignado: «Dios sabe lo incómodo que estaremos». Lo mismo opinaba Pereira pero, si a caso, él sentía más pena aún por Isabel. Informó a los reyes portugueses que el Bosque era un lugar de gran belleza e ideal para la caza, pero que evidentemente la reina no iba a salir de caza en este momento y durante varios meses la reina que tanto gustaba de visitas tendría por vecinos solo a los pinos, los ciervos y los venados⁵⁴.

Felipe II intentó hacer la estancia en el Bosque lo mas agradable posible para Isabel. Le hizo compañía con frecuencia, pese a las repercusiones negativas que tenía para el gobierno su ausencia de Madrid. Eran éstos momentos de crisis internacional, tanto en el Mediterráneo como en Flandes. Juana no pudo acudir durante algún tiempo pues había sufrido una caída del caballo y le estaba prohibido viajar. Isabel no gozó ni de buena salud ni de buen humor durante estos meses. Había vuelto a llevar una vida bastante desordenada, lo que preocupaba enormemente a sus médicos y a su madre⁵⁵. También, como era de esperar y como pronto se supo por las cortes europeas, Isabel tenía miedo. No hacía mucho tiempo que había muerto en su primer parto una de sus damas, Leonor Girón, hija de la condesa de Ureña⁵⁶. Al aproximarse el momento de dar luz, el rey estuvo constantemente con su mujer, visitándola cuatro o cinco veces al día, lo cual daría lugar al comentario del embajador francés de que se comportaba como «el mejor y más afectuoso esposo». Al parecer, el rey no sólo se limitaba a hacerle compañía, sino que cuando ella sentía dolores, le tomaba la mano y le animaba a soportarlos. Estas atenciones sobrepasaban las normas y demostraban delicadeza y hasta ternura⁵⁷. El parto fue feliz. El 12 de agosto, a la una de la madrugada, nacía una niña a quien se le puso el nombre de Isabel Clara Eugenia. Los embajadores residentes testifican que la reacción predominante fue muy

⁵³ ANTT, CGSO, libro 105, ff. 261r-262r, Pereira a Sebastián, 22 de enero de 1566 donde menciona por primera vez que la reina iría a Guadalajara; lo repite en *ibid.*, ff. 278v-279r, 8 Abril. En *ibid.*, ff. 301v-302r, Pereira a Catalina, Madrid 25 de junio 1566 comentaba: «a Ra. Esta bem effadada porq'alem destar so[a] nao pode yr a caça por causa de sua prenhez q he o q se aly tentretem». Fourquevaux comentó a Catalina (C. Douais, *op. cit.*, I, n. 36, p. 90) el 5 Junio que la reina había salido el 19 de Mayo y «elle est à bien petite compagnie».

⁵⁴ BNM, mss. 8246, pp. 145-6, Rossano al cardenal Alessandrino, Segovia 12 de agosto de 1566. ANTT, CGSO, libro 105, ff. 285r-286r, Pereira a Sebastian, 6 de mayo, y en otra carta a Catalina, ff. 286v-287r del mismo día.

⁵⁵ C. Douais, *op. cit.*, I, n.º 41, p. 101, Fourquevaux a Carlos IX, Segovia 21 de julio de 1566, informándole de las noticias que había dado el medico, Montugyon, y la necesidad imperativa de «vivre autrement et fere de l'exercise». Por lo menos se consolaba al saber que el rey «faict fort le bon mary».

⁵⁶ Archivo di Stato di Parma, Carteggio Farnesiano e Borbonico Estero (de aquí en adelante, ASPar, CF), 126, el príncipe de Urbino al duque de Parma, Segovia 5 de agosto de 1566. ANTT, CGSO, libro 105, ff. 306v-307v, Pereira a Catalina, Segovia, 21 de julio de 1566.

⁵⁷ C. Douais, *op. cit.*, I, n. 44, p. 106, Fourquevaux a Carlos IX, 18 de agosto de 1566; n. 45 p. 111-112, a Catalina.

positiva. «El rey y toda la corte están muy alegres», comentó el nuncio, «pues si bien les hubiera consolado más un varón, por lo menos ven que la reina ha comenzado a darles herederos y llevó bien el parto. Están felices pensando que después de esta hembra han de seguirle varones». Unos meses antes, el rey le había dicho a su esposa que tanto le daba niño o niña. Observando a la recién nacida declaró que así lo prefería. Pero, sin duda, muchos sentían cierta decepción y eran conscientes del adverso impacto político de este acontecimiento. De haber sido varón, hubieran tenido una alternativa al príncipe Carlos, y la Monarquía Hispánica podría encarar el futuro con mayor confianza. Probablemente el rey hubiese ido a Flandes⁵⁸.

La reina quedó débil y sufrió de fiebres y problemas serios por algún tiempo, suscitando un auténtico terror la idea de que muriese de sobrepardo. Estaba muy decaída física y psicológicamente. Pereira atribuyó su enfermedad, en parte, a su disgusto por tener que aguantar tanto tiempo en el Bosque de Segovia⁵⁹. Es posible que esto le afectase, pero también debió sentir la carga de esa decepción colectiva motivada por no dar luz a un hijo varón. Afortunadamente, la depresión no le duró mucho, aunque si tardó algún tiempo en recuperar plenamente su salud. Al poco tiempo, rebosaba de alegría y orgullo al ver a su hija⁶⁰. El bautizo se hizo en el Bosque el 25 de agosto, con la princesa Juana y el príncipe Carlos como padrinos, y en presencia de los archiduques Rodolfo y Ernesto y los gentilhombres y damas principales de las casas reales. La presencia de los sobrinos del rey, a quienes se había enviado a educarse en la corte española por si algún día heredaban el fabuloso imperio de Felipe II, servía para recordarles que la cuestión sucesoria seguía sin resolver. Al verlos llegar para la ceremonia, el embajador francés comentó con cierta malicia y triunfalismo que ya podían ir perdiendo la esperanza de suceder a Felipe II «pues la dicha reina nos dará un hijo o una hija cada año»⁶¹.

Su pronóstico no fue del todo exagerado. A principios de febrero 1567, la reina admitió un nuevo embarazo y al poco tiempo se esparcía el rumor hasta otras cortes⁶². Pese a la gran necesidad que tenían de un hijo varón, la noticia provocó reacciones muy diversas dentro y fuera de la corte filipina, pues de nuevo afectaba al muy aplazado viaje del rey a Flandes. Lo había suspendido después de hacer grandes preparativos en 1566, por varias razones, entre ellas el deseo de llevar a Isabel consigo. La reina de nuevo expresó en público su deseo de acompañar al rey y

⁵⁸ BNM, mss. 8246, pp. 145-6, Rossano al cardenal Alessandrino, Segovia, 12 de agosto. No fue el único en despachar inmediatamente correo para dar las noticias. Pereira avisó a Sebastián el mismo día también, ANTT, CGSO, libro 210, ff. 1r-2r, 12 de agosto de 1566.

⁵⁹ ANTT, CGSO, libro 210, ff. 3r-4r, Pereira a Catalina, Segovia, 20 de agosto de 1566.

⁶⁰ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n. 59 [? Madrid, diciembre de 1566], «Je ne veux lesser de vous dire le contentement que jay de me voir mere, qui est de fasson, que vous avec bien raycon de croyre que je seras sotte avesques ma fille».

⁶¹ Detalles del bautizo en C. Douais, *op. cit.*, I, n. 48 pp. 117-8, Fourquevaux a Catalina, Segovia, 26 de agosto de 1566 y ANTT, CGSO, libro 210, ff. 5v-6r, Pereira a Catalina, Segovia, 27 de agosto de 1566. La reina volvió a recaer con fiebres a mediados de septiembre. *Ibid.*, ff. 10v-11v, a Sebastián, Segovia, 11 de septiembre de 1566.

⁶² C. Douais, *op. cit.*, n. 73, p. 178, Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 13 de febrero de 1567, confirmando noticias anteriores. ANTT, CGSO, libro 210 ff. 39r-v, Pereira a Catalina, Madrid, 11 de febrero de 1567, y ofreciendo confirmación al mes siguiente, *ibid.*, ff. 51v-53r, a Sebastián, 20 de marzo.

prometió al embajador francés y a su madre que esta vez no admitiría falsas promesas como en 1564 ni se dejaría engañar. «Haré todo lo posible para que no me deje aquí», dijo con férrea determinación. Pero esta vez no tuvo que recurrir a llantos ni a escenas dramáticas. Felipe II quería llevársela, siendo el viaje de la reina uno de los pocos elementos constantes en un proyecto que experimentó muchas mutaciones⁶³. Había numerosas razones para ello, pero dos eran de gran envergadura. Si la reina daba luz a un hijo en Flandes se le consideraría como «príncipe natural» de aquellos estados, algo que apaciguaría los ánimos turbulentos de la región. Más importante aún era el hecho de que Felipe II quería dejar a su hermana Juana de regente otra vez en los reinos hispanos y esto no podía ser si la reina, de rango superior, se quedaba en la corte. Por eso, a pesar al embarazo, el rey confirmó a finales de marzo de 1567 que viajarían juntos a Flandes. Isabel se alegró, pero también sintió pánico al pensar que iba a embarcarse en una galera. El duque de Alba intentó convencerla de que aguantaría muy bien el trance, pero sus palabras no sirvieron sino para atemorizarla aún más⁶⁴. Aparte, surgieron nuevos problemas que demoraron el viaje y el rey sintió la necesidad de hacer una declaración pública respecto a la jornada de la reina. En junio de 1567 anunció que Isabel se quedaría en España hasta dar luz, y luego se pondría en marcha hacia Flandes. Como se dieron cuenta todos, esto quería decir que Isabel quedaría, nominalmente, de gobernadora por un tiempo⁶⁵. Unos meses después, Felipe II decidió aplazar el viaje para la primavera de 1568, lo que le permitiría quedarse con ella hasta el parto y volver al plan original de viajar juntos después⁶⁶.

La corte multiplicó sus esfuerzos por facilitar el nacimiento de un hijo de la única forma que podía: con oraciones especiales y participando en las procesiones y misas diarias que se hacían en palacio desde principios de octubre para solicitar asistencia divina a la reina. Isabel no quedaba atrás a la hora de ofrecer sus propias rogativas y devociones. Mientras pudo, fue a diario a oír vísperas al monasterio de San Jerónimo⁶⁷. Insistió en quedarse en Madrid para el parto y el rey accedió, ya que no había problemas sanitarios en la ciudad. El parto fue bueno y al principio se esparció la noticia que había nacido un hijo. Pronto hubo que rectificar: era otra hija, Catalina Micaela, la que nació el 6 de octubre de 1567. Esta vez no se ocultó la decepción del pueblo, pero es probable que lo lamentase aún más la propia Isabel. El nuncio comentó que

⁶³ Podemos seguir los altibajos en C. Douais, *op. cit.*, I, n. 8, p. 15 (21 de noviembre de 1565) Felipe prometió llevarla y ella se queja de que también lo prometió en 1564; el rey confirma su decisión en n. 47, pp. 116-7 (23 de agosto de 1566) y ella lo cree esta vez, n. 50, p. 121 (3 de septiembre de 1566); n. 60, p. 142 (s.d., noviembre de 1566); n. 64, p. 155 (s.d. fines de 1566?) lo vuelven a confirmar Alba y la propia Isabel. El comentario de Isabel en A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III n.º CXXXIV, p. 359 Fourquevaux a Catalina, Valsain, 25 de agosto de 1566.

⁶⁴ ANTT, CGSO, libro 210, ff. 51v-53r, Pereira a Sebastián, Madrid 20 de marzo de 1567. Fourquevaux informó a Carlos IX de que saldrían los reyes en junio hacia Barcelona y allí se embarcarían, C. DOUAIS, *op. cit.*, I, n. 79, p. 196, Madrid, 24 de marzo de 1567; y con variantes del plan, n. 80, p. 203, *ibid.*, 15 de abril.

⁶⁵ C. Douais, *op. cit.*, I, n. 86, p. 219, Instrucción de Fourquevaux a L'Aubespine para relatar a Carlos IX, Madrid, 30 de junio de 1567.

⁶⁶ C. Douais *op. cit.*, I, n. 101, p. 267, 271, Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 23 de septiembre de 1567.

⁶⁷ C. Douais, *op. cit.*, I, n. 104, pp. 275-6, Fourquevaux a Catalina, Madrid, 2 de octubre de 1567.

el rey «ha mostrado placer, si bien la reina lo ha tomado a mal como hacen todas las mujeres». Otros diplomáticos no le dedicaron más que un renglón o dos al acontecimiento y algunos ni despacharon correo especial para anunciarlo. La indiferencia es palpable⁶⁸. El único que se atrevió a manifestar su felicidad por este trance fue el príncipe Carlos, quien había declarado en público —y una vez a la propia reina— que no quería que naciese un niño. Al enterarse que había nacido otra infanta, Carlos celebró el acontecimiento de forma estrepitosa. Se vistió de morisco, organizó y participó en una escaramuza enfrente del Alcázar y desde allá, a la cabeza de una cuadrilla de cortesanos, se fue por Madrid de fiesta durante toda la noche⁶⁹. Aunque Felipe II insistiera en su felicidad por tener otra hija se comentó mucho el hecho de que, en contraste con las fiestas previas, no se molestó en quedarse ni para el bautizo, alejándose de la corte para disfrutar de unos días de paz y soledad⁷⁰.

3. Una muerte modélica

El año de 1568 comenzó mal para la familia real y acabó peor. El rey puso en marcha un plan que muchos consideraron acertado pero que tendría graves consecuencias: la prisión de su heredero, el príncipe don Carlos. Isabel se disgustó muchísimo «por los dos». Sus relaciones con Carlos habían sido siempre buenas, pero igual que otros se dio cuenta de que esta acción dolía y dañaba a Felipe II también⁷¹. Es posible, no obstante, que también se diese cuenta de que la situación la favorecía, ya que facilitaba la posibilidad de que uno de sus hijos llegara a ser heredero del imperio. Así se interpretó la situación en la corte francesa donde recibieron con gran alegría la noticia difundida pocos días después de que la reina estaba de nuevo embarazada. Los embajadores se apresuraron a dar la nueva y, al unísono, comentaron que se había recibido como un gran consuelo para al rey y el reino, compartiendo todos la más viva esperanza que de esta vez naciese un hijo⁷². Como expresó un coetáneo desde la corte: «de su preñado y parto depende todo el bien de la [Chris]tidad, no teniendo estos Reynos príncipe heredero»⁷³. Es difícil describir la presión que debió sentir la reina y también su disgusto cuando al poco tiempo se anunció que había sido otra falsa alarma. En los meses siguientes hubo múltiples rumores sobre si la reina estaba o no embarazada. Médicos y comadronas ofrecían opiniones diversas, como también lo hacían las damas, mientras la reina mantenía una y otra vez

⁶⁸ BNM, mss. 8246, pp. 467-75, Rossano al cardenal Alessandrino, 23 de octubre de 1566. Lo había mencionado brevemente ya en la carta del 20 de octubre, *ibid.*, pp. 465-6.

⁶⁹ ANTT, CGSO, libro 210 f. 108v, Pereira a Sebastián, Madrid, 11 de octubre de 1567; *ibid.*, f. 109r, a Catalina, mismo día.

⁷⁰ C. DOUAIS, *op. cit.*, I, n. 108, p. 281, Fourquevaux a Catalina, Madrid, 18 de octubre de 1567; A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, pp. 420-1.

⁷¹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, pp. 456-9 relaciones; pp. 478-9 reacción a la crisis.

⁷² BNM, mss. 8246, p. 575, Rossano al cardenal Alessandrino, Madrid 27 de enero de 1568, «consolaria molto questi Regni se partorisso maschio»; ASVen, AP, Sp4, f. 238r: «ha dato un poco di consolation à sua mt à sperando con altri figlioli poter meglio fondar la sua successione». V. también ANTT, CGSO, libro 210, ff. 141r-143v, Pereira a Sebastián, 3 de febrero de 1568.

⁷³ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n. CLI, p. 385, Memoria de la muerte de la reina.

que sí estaba embarazada. Conscientes de la presión que sufría, algunos pensaron que le había provocado achaques mentales; que se persuadía a sí misma de una preñez falsa. La incertidumbre y los rumores agudizaban el malestar del rey, ya muy afectado por la guerra de Flandes y el problema de don Carlos⁷⁴. La confirmación de un nuevo embarazo en mayo calmó algo los nervios, pero la crispación se volvió a instalar cuando murió el príncipe Carlos en julio de 1568. Ahora bien, para los Valois su muerte era una ocasión magnífica, dejando el campo libre para que subiese al trono hispano un varón de sangre francesa. Esta esperanza persuadió a Isabel a someterse con más asiduidad de lo que era habitual en ella a los consejos de sus médicos y de su madre, la cual intentaba otra vez controlar el proceso de embarazo y nacimiento para salvaguardar a su descendencia⁷⁵.

En septiembre la reina sufrió una enfermedad renal, pero pocos se imaginaron su gravedad. Desde principios del año había padecido diversos achaques de salud y éste no aparentaba ser peor. A finales de septiembre, sin embargo, su salud empeoró y, sin más, la corte comenzó a especular acerca de quién sería la cuarta esposa del rey⁷⁶. No fue hasta comenzar octubre cuando se confirmó que su estado era muy grave y ella misma se sintió desde este momento al borde de la muerte. De nuevo Felipe II estuvo a su lado, visitándola varias veces al día, confortándola con su presencia y sus palabras. La vio por última vez en la madrugada del tres de octubre. Unas horas más tarde, a las diez y media, la reina daba a luz una niña de unos cinco meses que fue bautizada inmediatamente. Madre e hija murieron al mediodía⁷⁷.

El proceso de santificación comenzó de inmediato. Se le atribuyeron varios comentarios durante sus últimos días en los cuales se arrepentía de sus errores, se lamentaba y se excusaba por no haber dado el deseado hijo y heredero al rey, y se resignaba a la muerte, alegrándose de poder ir a mejor vida. Al darle para adorar la estatua del niño Jesús hizo algunas reflexiones. Algunos sugieren que comentó sobre el hecho de que éste era el hijo que no había tenido. Otros, que declaró que éste era el único hijo que valía la pena tener. Varios testimonios confirman que rogó al rey que cuidase de sus hijas y de sus sirvientes y que no se apartase de su política de paz con Francia. También pidió a los monarcas franceses que apoyasen siempre a los católicos. Desde el momento que se publicó la noticia que estaba moribunda, se dijo que la joven mostraba una total resignación ante la muerte y menosprecio del mundo, de sus riquezas y de su belleza. Estos eran elementos admirables y muy estimados. Hay que pensar también

⁷⁴ ASVen, AP, Sp.4, ff. 245v-246r, Sigismondo Cavalli al Senado, Madrid 13 de abril de 1568: «certo sua mta hà hora nella menta pensierj di momento che lo trauagliano... la grauidanza della Ser.ma regina e posta in dubbio, p[er] la uscita di sangue, che li à successa, et anchor que sua mta. tuttauia affermj di rester grauida, la comare però et altre donne perite non lo credono».

⁷⁵ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, pp. 476 ss.

⁷⁶ ASVen, AP, Sp. 4, ff. 264v-265r, Cavalli al Senado, Madrid 30 de septiembre de 1568.

⁷⁷ A. González de Amezúa y Mayo ofrece un largo relato de la enfermedad y muerte de la reina en *op. cit.*, II, pp. 484-502. En *op. cit.*, III, incluye algunos documentos importantes como son el n.º CXLV, pp. 378-9, Palabras dirigidas a Fourquevaux; n.º CXLVI, pp. 379-380, el secretario Zayas al duque de Alba, Madrid 3 de octubre; n.º CLI, pp. 385-90, Memoria de la Muerte de la reina.

que, al ser tan joven y tan marcado en ella el gusto por el lujo y las riquezas del mundo, el menosprecio que se le atribuyó al sentirse morir era aún más extraordinario. Al ofrecer el pésame al rey de parte del papa, el cardenal Alessandrino instruyó al nuncio que se alegrase también con el rey por este fin tan admirable y pleno de contrición⁷⁸.

Concuerdan los documentos coetáneos en que Isabel tuvo un final modélico, acompañada por el rey, su confesor, el embajador francés y sus criados. No deja de ser curiosa esta unanimidad, total salvo en los comentarios sobre el niño Jesús, y el hecho de que no hay ni un elemento de esta tragedia que disuene del ideal que se difundía por entonces para alcanzar una muerte cristiana y piadosa. Parte de ello se explica por el hecho de que los primeros detalles que se difundieron de manera más inmediata —que son los que han llegado también a la posteridad— surgieron de la pluma del embajador Fourquevaux. El embajador fue testigo ocular, por lo cual sus datos se recogieron como fidedignos. Lo más probable es que así fuese, por lo menos gran parte de ellos. Ahora bien, el relato de Fourquevaux se debe leer con cierta precaución. Por su proximidad y afecto a la reina, y por el hecho de que el estar a su lado día tras día durante su agonía le afectó profundamente. Bajo tales circunstancias era casi inevitable que ofreciese un relato idealizado de su comportamiento. También es necesario analizar los comentarios de Isabel sobre la situación en Francia, que tanto conmovieron a Fourquevaux —dijo que «sus palabras traspasaron [nuestro] corazón y hasta las entrañas»⁷⁹. Los consejos de la reina a su madre y hermano para que apoyasen incondicionalmente a los católicos se dieron a conocer de inmediato por escrito y por palabra, primero por Fourquevaux y después por Felipe II y su gobierno. Los relatos son tan similares que no cabe duda que se utilizó un modelo común, probablemente el original de Fourquevaux. Concuerdan los sentimientos atribuidos a la reina moribunda con los intereses del embajador y de Felipe II. Es probable que Isabel expresara sentimientos parecidos, ya que encajan con lo que había dicho anteriormente, pero también es casi inevitable que el propio embajador y los que la rodeaban participasen en un proceso de retocar y mejorar su mensaje para intensificar su impacto. Fourquevaux sabía de antemano que Catalina y su gobierno rechazarían estos consejos, y poco tiempo después perdería el favor real y su puesto de embajador por promover una política parecida. La corte hispana se encargó de diseminar ampliamente los relatos idealizados de la muerte de la reina, como se hacía en otras ocasiones parecidas, en una época que tanto valoraba estos modelos para confortar e inspirar a todo cristiano a tener una buena muerte.

Sin acceso a otra información ni a otro material, los embajadores extranjeros en la corte repitieron estas mismas escenas y plasmaron la muerte de Isabel en un contexto convencional. Es significativo que los comentarios que añadieron por su cuenta para caracterizar a la reina

⁷⁸ Archivo Segreto Vaticano, Segretaria di Stato Spagna (de aquí en adelante, ASV, SS, Sp), 6 (1), ff. 42-5, cardenal Alessandrino al nuncio, Roma, 7 de noviembre de 1568.

⁷⁹ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º CXLV, pp. 378-9, Palabras dirigidas a Fourquevaux, en p. 379: «...semblables motz qui lui perçoient le cueur et les entrailles come les susd. à moy.» Ibid., n.º CXLIV, pp. 377-8 las palabras que dijo a Fourquevaux (en castellano).

siguieron también por cauces genéricos y modélicos. El nuncio Rossano informó a Roma de la desgracia inmediatamente, comentando que la reina «era di una natura Angelica e amata da tutti infinitamente». Añadía que con ella se perdía la garantía de la unión entre los dos príncipes cristianos más potentes del mundo. Unos días más tarde comentaba que el rey «ha mostrato e mostra grandissimo sentimento» y que la reina era universalmente llorada por haber sido una mujer bondadosa y humilde además de poseer «todas las virtudes»⁸⁰. El embajador florentino la describió como «la piu benigna et gentile che si possa imaginar», y el veneciano declaraba que se había mostrado siempre muy humana y benigna con todos⁸¹. La falta de toques personales, de rasgos distintivos en su memoria de la reina es evidente. En la memoria oficial que se envió a Francia a principios de 1569 con detalles de la muerte de la reina, se acentuaban los elementos devotos y el comportamiento modélico de Isabel durante su agonía de muerte. Concluye el relato con una frase simple pero conmovedora por evocar una imagen concreta, aunque de hecho es también una frase estereotipada. Habiéndoles dicho que estaba feliz por ir a una vida mejor, la reina al parecer había rendido «el alma a su criador, tan sosegadamente como si se quedara dormida de algun suaue sueño»⁸².

Sólo en dos documentos encontramos alguna alusión al temor y tribulación que debió padecer la Isabel de carne y hueso. En una carta del jesuita Pedro de Saavedra a Francisco de Borja leemos que, estando moribunda, la visitó Felipe II y al verlo, «asió del Rey la Reyna, y no le dexó ir de su presencia, hasta que le diesse su palabra de remediar y faborescer a todos sus criados y criadas, en especial a las extrangeras fran[c]esas. Y el Rey la prometió y dio su fe y palabra que lo haría como se lo pedia, y le besó la mano, y asi el Rey se despidio della»⁸³. Otro relato que dice ser de su Mayordomo Mayor, Manrique de Lara, que fue testigo ocular, repite parte de esta escena, que atribuye a la última visita que le hizo el rey a Isabel. Pero no termina en el mismo punto. Dice que a continuación la reina pidió a Felipe II que ayudase a los reyes de Francia y se ofreció, como ya lo había hecho, según Fourquevaux, a rogar por la larga vida de su marido una vez que llegase al cielo, donde esperaba ir muy pronto. Fue entonces, al parecer, cuando el rey no pudo contener su emoción. Quedó tan conmovido por el hecho de «que la Reyna, estando tan trabajada y con tan mortales congoxas, hablaba con tanto espíritu semejantes palabras no pudiendo detener las muchas lágrimas que le caían, se salió fuera del aposento»⁸⁴. Es cierto que la intención del autor es de hacer resaltar aún más el mensaje político-religioso de la rei-

⁸⁰ ASV, SS, Sp 4, ff. 28v-29 Rossano a Alessandrino, Madrid 3 de octubre de 1568 [también en BNM, mss. 8246, pp. 850-2] y ASV, SS, Sp.4, ff. 36r-38r, Rossano a Alessandrino, Madrid 11 de octubre de 1568 respectivamente.

⁸¹ ASF, MP, 4898, ff. 321-7, Nobili al príncipe Francesco, Madrid 8 de octubre; ASVen, AP, Sp. 4, ff. 265v-266r, Madrid 8 de octubre de 1568.

⁸² A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º CLVI, p. 411 relación de su muerte para el duque de Nájera, embajador especial, c. febrero-marzo de 1569.

⁸³ Citada en A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, p. 489 nota 170.

⁸⁴ La memoria de la muerte de la reina por el licenciado Sebastian de Horozco fue publicada por A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, III, n.º CLI, pp. 385- Intercala Horozco (aquí pp.386-388, la cita en p.387) lo que el

na respecto a los católicos franceses. No obstante es una rara admisión de que la joven estaba sufriendo, como es de suponer en tal trance. En su muerte, aún más que en su corta vida, resulta difícil penetrar más allá de los comportamientos ideales y alcanzar algo más profundo y real de Isabel de Francia.

Poco después de su muerte un anónimo escribió: «Murió la Reina Doña Isabel de veintidós años de edad, muy amada y querida de todos, porque después que entró en estos reinos fue humilde y blandísima de condición, y sin pesadumbre alguna ni para su marido ni para otro ninguno»⁸⁵. Es un simple pero admirable epitafio. En su corta vida, Isabel de Valois no manifestó grandes dotes intelectuales ni sagacidad política. Era perezosa y careció de la necesaria fuerza de voluntad para imponer su autoridad en el entorno de su casa, y aun para llevar una vida disciplinada. No fue siempre una buena señora para sus oficiales aunque no hizo daño tampoco a nadie, por lo que se puede saber. Era agradable con todos y, ante nada, no dio pesadumbre a nadie. Isabel se ganaba los ánimos en gran medida porque no hacía nada que provocase hostilidad. Su indolencia se convirtió en arma defensiva. Al no meterse a fondo en política o en los negocios de su casa, evitaba conflictos y esquivaba situaciones desagradables. Al no prestarse para apoyar demandas de favor reprimió expectativas y evitó sufrir rechazos y reproches por no conseguir lo que le solicitaban. Es irónico, pero muy probable, que el impacto más sustancial de su reinado en España se hiciera sentir en el sector financiero debido a sus enormes e insostenibles deudas. No obstante, el lujo con que se rodeó y al que dedicó tantos recursos y buena parte de su vida, ha contribuido de forma positiva a la imagen que dejó. La buena reputación de que ha gozado es prueba de que no se necesitan grandes virtudes para ser popular y tener una plaza permanente en el panteón de la historia. Como hemos visto en nuestros días con la princesa Diana de Inglaterra, a falta de defectos serios, es la muerte misma de una princesa joven, atractiva, agradable y rica la que transforma una vida que no fue en ningún respecto singular en algo extraordinario para la posteridad. La tragedia nos hace confrontar la implacable, inevitable muerte de todo ser, y encubre con un espeso velo de romanticismo lo que fue en otros aspectos poco más que una mediocre realidad.

Los retratos de la reina Isabel nos muestran a una joven pequeña, pálida, con facciones fuertes pero no muy robusta, que casi desaparece envuelta en lujosísimos vestidos y sombreros cuajados de joyas. La riqueza de su atuendo deslumbra y encubre al personaje. Ésta es sin duda la imagen que ella misma quería proyectar, resaltando su posición, buen gusto y riqueza, y encubriendo su cuerpo y su ser. Es evidente que no vieron mucho más aquellos que llegaron a tratarla personalmente, en parte porque así lo quería ella y también porque Isabel no tenía un

titula «Relacion que dio don Juan Manrique de Lara, Mayordomo Mayor de la Reyna nuestra señora, de lo que pasó muy poco antes que su majestad falleciese».

⁸⁵ A. González de Amezúa y Mayo, *op. cit.*, II, p. 513, citando lo que él dice ser un «gacettillero» que, opina, se hizo eco de «la voz popular». Recogía medio siglo más tarde estas imágenes L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II, rey de España*, 3 vols., Junta de Castilla y León, 1998, I, p.434: «dolía a todos la pérdida de una Reina tan moça, agradable, católica, piadosa, modesta, caritativa».

carácter muy distintivo ni profundo. Por falta de otra cosa que decir, y en el caso del embajador de Francia por necesidad, los que la observaban echaron mano de un lenguaje idealizado para referirse a ella. Esto favorecería con el paso del tiempo a Isabel, contribuyendo a su buena imagen. También explica la visión un tanto distante e irreal que sigue predominando sobre ella. Aún fuerte, aunque no se corresponda apenas con esa reina indolente y apasionada por el lujo extraordinario, ni con esa joven aburrada que anhela las visitas, o con la madre despistada, o con la reina francesa que pretende ocultar secretos a su marido. Con tiempo y esfuerzo, los archivos pueden rendir otros detalles, aunque dudo que cambien mucho el esquema que se ha trazado en estos artículos de la vida y carácter de la reina. Pero no por ello serán menos interesantes para el historiador, ya que nos aproximarán más cerca de la realidad de una vida. Recuperar a figuras como Isabel de Valois no solo tiene un interés intrínseco, sino que nos sirven para reflexionar sobre temas de envergadura como son las fuentes que se manejan, el ámbito público y privado en el que transcurría la vida los príncipes de la época, y el por qué y cómo se transfiguran ciertos personajes reales en imágenes idealizadas.